

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Han llegado á absorber el interés que antes se consagraba exclusivamente á las ideas y á los principios, las cuestiones del orden práctico, los sencillos fenómenos de la economía. Ya preocupan á todo el mundo el descenso dominical, la subida de los alcoholes, el que el café tenga ó no tenga gotas; y la supresión de ese chorrito mezclado á la dudosa infusión negruzca que en los cafés se sirve en innobles recipientes de basto metal, causa, según noticias, profunda decepción en los parroquianos.

Dírase que las gotas tenían algo de simbólico. En medio de una bebida deslabazada, sin aroma y sin fuerza, semejante á la existencia de los consumidores, las gotas destilaban algo de magia, algo de hechizo, sabor pronunciado y estimulante. Las gotas eran la fantasía—perjudicial, convenido, como es siempre perjudicial el alcohol,—pero atractiva, especie de sirena, que hace olvidar y convida á viajar por los espacios. Las gotas activaban las digestiones de los numerosos dispépticos que van á luchar con lentitudes y pirosis en medio de la humareda que es la atmósfera de los cafés, ese gran soñadero infructífero de nuestra raza; las gotas prestaban apariencia de lujo á un vulgarísimo pasatiempo y á una bebida plebeya; las gotas daban la ilusión de un obsequio, de una generosidad del cafetero hacia el público. Se les ha restado un goce á las nueve décimas partes de los españoles. He observado con curiosidad ese goce que mi repulsión al alcohol me hacía difícil de comprender. Siempre debemos envidiar los goces que se encuentran en medio de la calle, y deplorar que no nos basten, ni nos sonrían. ¡Las gotas sonreían, desde el negro seno de la taza, con tan insinuante sonrisa, á tantos mortales!

El duque de Dénia ha sobrevivido poco á su mujer.

Era, sin embargo, más joven que ella, lo menos seis ó siete años, y llevaba vida sana, de cazador y deportista.

No le había castigado tan duramente la edad como á la duquesa Angela, á quien había arrebatado, con ultrajes, el precioso don de la hermosura. Para las mujeres que nunca han sido regiamente bellas, como esta ricahembra, el tiempo es más misericordioso. Pero la imagen que el espejo reflejaba en los últimos períodos de la existencia de la duquesa se diferenciaba tanto de la imagen de aquella mujer que Castelar presentó á Víctor Hugo en París diciéndole «*Voilà la beauté espagnole*,» que mirarse debía constituir para ella un suplicio.

«Así era,» me dijo un día el duque, enseñándome un retrato de los años, no precisamente juveniles, sino de la espléndida madurez: la color morena, los ojos semíticos, negros, aterciopelados, el gran sombrero de gallardas plumas sombreando la cabellera intensamente oscura, que en largos tirabuzones flotaba por los airosos hombros. Había, en la afirmación, melancolía y orgullo juntamente. La melancolía de lo irrevocablemente pasado, el orgullo de lo grande y de lo indiscutible. Y era vano, era estéril contestar alguna de esas mentiras sociales que se prodigan en los salones cuando reaparece en ellos un instante, luchando con el estrago de la edad, la que fué un tiempo encanto y gala de una corte y de una sociedad. Era vano: callar valía más, tributando á lo pasado, á lo que no podía remediarse, el homenaje del silencio.

El asunto Casa Riera es de los que atraen al novelista y al aficionado á observar las profundidades de eso que llaman «corazón humano» y que no es sino el conjunto de las funciones espirituales, el alma. ¿Qué hay bajo lo que los periódicos califican de

chantage? Y dado que no exista, como parece que no existe, tal usurpación de estado civil; dado que el marqués de Casa Riera sea el verdadero y auténtico marqués de Casa Riera—yo no tengo el gusto de conocer á este señor,—¿qué envuelve la leyenda del misterioso palacio de la calle de Alcalá?

Porque así como la clave de cierto horrendo crimen cometido en Lugo y del cual hablé aquí, está en los sótanos de la casa del criminal, aquellos sótanos en que «se mete á una persona y no vuelve á ver la luz del sol,» así el origen de la novela, ficción ó calumnia—yo no sé calificar esto porque no he logrado sacar en limpio gran cosa de los deficientes relatos de los periódicos—forjada contra el actual marqués, está, á mi ver, en ese palacio de duendes y espectros, cerrado á piedra y lodo, desde ha medio siglo, y desafiando y pinchando, con su secreto, con lo enigmático de sus ventanas y puertas inmóviles, á los noveleros transeuntes.

Un palacio de tal esplendor, situado como ese en el centro del Madrid animado y bullicioso, y deshabitado siempre, cual si pesase sobre él alguna maldición fatídica, algún voto hecho en momentos terribles y transmitido hereditariamente (pues el marqués de Casa Riera que abandonó la soberbia residencia no es el mismo marqués de Casa Riera á quien hoy niegan su estado civil y que va á defenderlo ante los tribunales de justicia), tiene que suscitar infinitos comentarios. Si no hubo drama, siempre lo inventará el emocionalismo del público.

El día 15 de este mes, la Iglesia celebra la fiesta de Santa Teresa de Jesús, y el día 1.º, la voz autorizada del Sr. Brieve Salvatierra ha hecho el panegírico de Isabel la Católica... y un poco, al paso, de la Inquisición.

Estas dos mujeres, á decir verdad, encarnan y representan lo más alto de nuestra historia y lo más bello de nuestra psicología nacional.

Yo creo muy factible discutir á la reina, empezando por su elevación al trono, que se hizo sobre base de usurpación, en lo cual no desmintió la princesa de Castilla su estirpe de Trastámara; pero si cabe apreciar diversamente los fastos de Isabel I, no cabe negar la belleza y nobleza de su carácter. Son compatibles los mayores errores políticos con la grandeza de ánimo, con la elevación del espíritu, con la virtud, hasta con la santidad. Inglaterra—por ejemplo—ha tenido la fortuna de encontrar otra Isabel, que no es comparable, en el terreno moral, á la castellana, pero que sin género de duda tuvo mayor acierto é imprimió á su reinado dirección, para el porvenir, más segura. Confunden y hacen vacilar esas figuras que nos ganan la voluntad, que nos cautivan, y que no resistirían acaso un examen imparcial, no de su modo de ser íntimo, sino de sus actos.

Para este examen se requeriría escribir varios volúmenes. Y quizás no condujese á nada, como no fuese al desinteresado placer de analizar detenidamente una época histórica. El mal es secular, y sobre los yerros que nos legó Isabel de Castilla se han petrificado nuevos yerros y se han hacinado fatalidades. Dejémosla y hablemos de Teresa de Jesús; que esa, habiendo tenido por reino su propio corazón transverberado, no da lugar á crítica mezquina, sino á admiración sin mancha ni mezcla.

La esencia más penetrante del alma española después de la Edad Media se concentra en una flor de éxtasis: Santa Teresa de Jesús. Ver á Avila, nos da explicación y comentario (todavía en nuestros tiempos) de la vocación de su hija más ilustre. En Avila, la idea de la vida se hace severa, clara, apasionada, y como alhelios sobre las rudas piedras de la ciudad fortaleza, brotan los sueños del cielo, las aspiraciones á algo mejor que lo terrenal. Allí la tierra es pedregosa, seca, arcillosa, sembrada de cantos redondos como testas de moros descabezados; pero en el cielo, alto, sereno, profundamente azul, que asoma por entre las cresterías de los graves monasterios y los alminares de las recias murallas, ¡qué cálidos de luz se abren por la noche! ¡Qué glorioso refule de día el sol castellano, incendiando las eras y los melancólicos barbechos!

Avila no sería tan silenciosa como hoy en los días de la Santa: no tenía la nota de soledad que al presente reviste; pero ya en ella—á pesar de la animación de sus mercados y del señorío que se gallardeaba en sus casas nobles solariegas—se vivía como en un relicario, con vida que olía á incienso y á azucenas claustrales. Alrededor de la ciudad, la naturaleza castellana predispone á la contemplación. La Sierra de Gredos es aún más propia que de pastores, de eremitas. En su cúspide hay un lago de hielo profundísimo; allí ni se atreven á subir los cabreros. Para una imaginación infantil, tal vez impregnada de consejas y cuentos maravillosos, allí está lo descono-

cido, lo sobrenatural, la unión de la tierra con el cielo; y detrás de los picachos y las heladas lagunas está, ¿quién sabe?, aquella tierra de moros hacia la cual, de niña, quería dirigirse Teresa para buscar el martirio.

Sin embargo, un aspecto peculiarísimo de Santa Teresa no guarda relación con la comarca donde nació; es rasgo individual suyo, y la enlaza con la humanidad, dando calor y dulzura femenil á su santidad. Es el agrado, la amabilidad riente de su manera de ser santa. «Nadie—dice su biógrafo Yepes—la conversaba que no se aficionase y perdiese por ella, y niña y doncella y seglar y monja, reformada y antes que se reformase, fué con cuantos la veían como la piedra imán con el hierro, porque el aseó y buen parecer de su persona, y discreción de su habla, y la suavidad templada con honestidad de su condición, la hermoseaban de manera que el profano y el santo, el discreto y el reformado, los de más y de menos edad, sin salir ella en nada de lo que debía á sí misma, quedaban como presos cautivos de su trato.» En este panegírico está Santa Teresa independiente, superior á la ceñuda y contemplativa Avila; está rodeada de su aureola de fundadora, pues para fundar hay que salir de la contemplación, vivir afablemente entre los hombres. A solas, Santa Teresa bebía largamente el agua viva de la contemplación; entre gente, pocos han practicado mejor la amena virtud de la etrapelia, ni en nadie se pueden buscar más sabrosos ejemplos de gracia... dentro de la gracia. De hecho Santa Teresa era festiva en su condición, amiga de ingeniosos discreteos, aficionada á la poesía conceptuosa, y hasta sabemos que ejerció con buen humor y donaire la menuda crítica literaria, escribiendo lo que entonces se llamaba *un vejamen*, y en el cual anunciaba á D. Francisco de Salcedo: «Si no se desdice, le denunciaré á la Inquisición; porque después de venir todo su papel diciendo «este es dicho de San Pablo y del Espíritu Santo,» dice al fin de él que ha firmado necedades.»

Cuando empezó á fundar la santa, la auxiliaban Fray Antonio de Heredia, de arrogante estatura, y el chiquitín San Juan de la Cruz. «Ya tengo fraile y medio,» solía repetir. Este chaceo de Santa Teresa tiene, más que carácter español, dejo franciscano. Es la alegría del puntapié al mundo, la risa gentil del desasimiento, por el cual la Santa declaraba de sí propia que no era «pobre de espíritu,» sino «loca de espíritu,» y encarecía la «honra» que trae consigo la verdadera pobreza. Una novicia se presentó con joyas y dineros para el tesoro del convento, y exclamó la santa: «Hija, no me traiga más cosas, que la echaré de casa juntamente con ellas.»

«Tres cosas—confesaba la santa—se han dicho de mí. La primera, que cuando moza tuve buen parecer. La segunda, que era discreta. Y ahora, que soy santa. Las dos primeras las creí, y ya me he acusado de esta vanidad. ¡No estoy tan engreída que pueda dar crédito á la tercera!» Era este su espíritu, el humorismo, el regocijo interior, semejante al de los compañeros más sencillos de San Francisco; y conociendo su modo de ser, las monjas procedían ante ella como criaturas, como locuelas de espíritu igualmente. Una vuelve de la cocina con un cesto de vajilla que acaba de fregar, y se pone á bailar, alborozada, delante de la Madre. Y Teresa, complacida, exclama: «¡Ay Maribobales, ella riendo se ha de ir al cielo!»

Y no era sólo alegre; era intrépida, serenamente superior, como dama bien nacida, á las insolencias del villanaje. Iba con San Juan de la Cruz por los caminos, y á las insinuaciones groseras, que ruborizaban al santo, decía desdeñosa: «¿No se corre la dama, y se corre el galán?»

Así es que la idea que de Santa Teresa nos formamos es dulce, franca, desenfadada, y para decirlo con una sola palabra, llena de simpatía. En aquella época de monarcas agobiados, sombríos, de teólogos sutiles, de doctores é inquisidores, hay, sobre la faz pétrea de Castilla, una sonrisa, como en los cuadros más místicos del Greco hay un bello doncel, una cabeza viva y encantadora. Cosa verdaderamente singular y admirable esta bienaventurada, favorecida con beatitudes extáticas desde la tierra, envuelta en arrobos y transportes como las Concepciones de Murillo en sus esplendorosos rompimientos de gloria, visitada por Cristo, arrebatada por el Serafín de fuego, con las entrañas pasadas de dardo amoroso, á quien dijo Dios: «Si no hubiese criado el cielo, le criara para ti sola...» y que sin embargo continúa siendo la amable, ingeniosa, graciosa monja, tan mujer, que no tenía reparo en quejarse de que la habían retratado fea.

Y en su estilo de escritora, la misma deliciosa mezcla de lo sacro y lo familiar, lo donoso y lo extático, lo sencillo y lo divino...

EMILIA PARDO BAZÁN.